





# FELIXIDAD



Juan Mariano Pietraccone

# FELIXIDAD



Primera edición: enero de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Mariano Pietraccone

ISBN: 978-84-16824-26-7

ISBN digital: 978-84-16824-27-4

Depósito legal: M-42152-2016

Editorial Adarve

C/ Alameda del Valle 34

28050 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres, mis hermanos,  
mis hijas del corazón,  
mis amigos, y en especial a ti,  
Carolina, que eres con quien  
he decidido atravesar los nuevos  
colores de la aurora*





# 1

Observado por sus bonitos ojos verdes bañados de adiós, el sol salía incansable iluminándolo todo, incluso el más recóndito de los temores que, sin saberlo, yacía desde siempre en las profundidades poco hospitalarias de su turbio interior. Eran gotas pequeñas que comenzaban indómitas muy atrás en la invasión de sus recuerdos, recorrían con fluidez la sinuosa simetría juvenil de su rostro cuadrado en desmoronamiento, y llegaban hasta su corazón. Félix Uriel Damassio ya para ese entonces tenía un aceptable conocimiento de sí mismo como para pronto reconocer que allí se estaba drenando tal vez su último gesto de agradecimiento, su último extracto de cálido afecto para el lugar que tan gentilmente lo había albergado por casi diez años, de modo que no ofreció resistencia, se dejó llevar, como en una ola que todo lo arrastra, por ese instante de vida que jamás olvidaría.

Al llegar el momento propicio para restablecer el orden perdido de su fachada con barba, se abocó enseguida a la eliminación manual de toda evidencia acuosa con la única intervención de sus dedos fornidos en delicado frote, luego, trató de divisar con curiosidad el río Támesis por la ventana pero, sin conseguirlo, se quedó en cambio contemplando desde lo alto el bello paisaje que ofrecía la histórica ciudad. La agradable mañana que afloraba contenía aún los leves vestigios de un caluroso verano apenas extinto y, frente a él, arriba —en el tablero de indicaciones—, la señal de abro-

chase los cinturones, encendida recientemente para el despegue, todavía no se había apagado. Al ver cómo la excelsa metrópoli se iba alejando con constante lentitud, la fue soltando a poco, perdiendo su mirada en la nítida proyección de aquel enjambre grisáceo de diminutas manzanas soleadas, en las nubes blancas y mullidas que pasaban, los caminos, las arboledas, los retazos de verdes praderas; hasta que, sintiendo ya la plácida necesidad de abordar íntegro el carril unidireccional del presente que forjaba, volvió a mirar hacia delante, hacia el interior del moderno fuselaje, distendido, relajado, confiando en que algún día la misma fuerza que lo había traído sería la que lo iba a hacer regresar.

Consciente de que un largo viaje aún lo esperaba, se reclinó en el asiento dispuesto a no desperdiciar ni un solo minuto de aquella inhabitual travesía de cruzar el Atlántico. Usando el botón situado al costado del apoyabrazos, su primera acción en demostrarlo fue solicitar sin prisa la asistencia de una azafata para saber si se le podía servir un cortado. Cumpliendo con exactitud lo que ella de forma cortés le había anticipado, le trajo separados una taza de café negro junto a un sobrecito de leche en polvo para que él mismo se lo preparase. Una vez tuvo lista su caliente infusión en la mano, la colocó en el posavasos, ejerciendo serios cuidados de traslado, para extraer de su bolso de mano el libro que releía por aquellos días, *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, la obra maestra de todas las que por allí andan dando vueltas en la tierra —según la modesta interpretación literaria de Félix—, justo cuando volvía a percibir el aroma inconfundible de su perfume predilecto en la mujer que se encontraba a su lado. Había sido con el avión todavía en suelo firme cuando la sorpresiva oportunidad de sentirlo por vez primera se le había presentado. Su cuerpo, alto y con la clase de medidas voluptuosas que a Félix más que satisfacían, le había pasado tan cerca a toda su hombría al momento de acomodarse, ro-

zando los límites de su intimidad sin ninguna moderación ni compasión, que pudo reconocer con facilidad el sabor de su exquisita fragancia, como el aliño definitivo de un postrecito irresistiblemente encantador.

Ambos se encontraban ubicados en soledad sobre el primer trío de butacas de la fila 39, una de las menos concurridas de toda la enorme nave transatlántica. Las otras dos personas aisladas que compartían con ellos el paralelo, dividido en tres subhileras desiguales de asientos, recién aparecían a partir del final de la segunda sección. Desde el asiento A, donde ella estaba ojeando entretenida la revista de la compañía aérea, ese perfume sensual, floral, se le iba metiendo a Félix —pegadito en su letra correlativa— poco a poco en las cavidades cilíndricas de las venas, como la lava de un volcán furioso a punto de ser expulsada a los cielos en una terrible erupción. Procurando concentrar toda su atención en el texto, trató de leer de corrido una página y, aunque era firme su perseverancia, no pudo; se dispersaba, su olor y su presencia no lo dejaban. Después de tomar un sorbo largo de café a manera de pausa, decidido, probó reanudar la historia. Leyó una, dos, tres hojas, descubriendo, al finalizarlas, que las había leído, pero poco de ellas había entendido realmente. Entonces, otro detenimiento más prolongado fue la única solución que encontró. Esperando que llegase el momento adecuado para volver a intentarlo, levantó la vista, se relajó.

Desde su posición podía percibir todo a su alrededor. Las azafatas estaban muy cerca, atrás, preparando el almuerzo. Junto a los niños, algunos adultos también comenzaban ya a dar síntomas de ansiedad prematura; frente a los baños contiguos al área de primera clase, había gente en línea esperando para poder utilizarlos, mientras que, a su izquierda, seguía inmaculada ella con su existencia, radiante, inverosímil de lo guapa que era, como una flor nacida entre la maleza. De

cabello rubio apagado, largo, ondulado, enérgico y fantástico, esta bella dama de piel durazno llevaba puesto un jovial vestido corto con breteles color lila suave y finos detalles en el extremo de la falda con diamantes de noble imitación. Todo, por supuesto, dentro de una armonía impecable, que completaba con muy buen gusto un destacado moño blanco y holgado, bastante pintoresco, que le caía por delante, justo abajo del corpiño sobre el margen del corazón. Todo en ella brillaba: sus sandalias de tiras doradas, su sencilla bijou en oro blanco, comenzando por los aretes redondos casi imperceptibles, pasando por la delicada cadena con dije en forma de mandala, hasta el anillo haciendo juego con una pulsera refinada con detalles sutiles de lo que parecían ser piedras aguamarina. Pintados de rosa perla, tanto sus uñas largas infinitas como sus labios lisos y perfectos daban la pincelada final a esta lindura que, en gentileza, todo lo tenía. Por todo aquello que la engalanaba, tan necesitado por ella para vivir, según lo expresaban a menudo sus propias palabras exageradas, la gente se podía imaginar sin conocerla que era una mujer apasionada por el cuidado de su imagen. Y no se equivocaban.

Dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de apaciguar el paso del tiempo, Grace Mariné Yardín había llegado hasta estas instancias de su vida sobreponiéndose (sin la suficiente regularidad necesaria) a cada uno de sus miedos, salvo ese implacable que tanto la atormentaba: el fantasma endémico de la vejez. Una expresión que le gustaba repetir siempre que podía para ahuyentarlo era esa que decía: «¡Yo nunca voy a ser vieja!». Lo hacía bromeando, pero con una firmeza bastante peculiar, llamativa, como si en el fondo estuviese completamente convencida de que ese evento inexorable, por algún motivo privilegiado, a ella nunca le sucedería. A continuación, subiendo aún más el tono de voz, por lo general solía concluir la simpática enunciación de su frase con

un remate de este tipo: «¡Antes prefiero tirarme bajo una estampida de rinocerontes salvajes, hambrientos y que hace un año que no la ponen!».

Con ese mismo carácter espontáneo que la identificó desde jovencita, pasó todo el secundario raspando, llevándose cada año unas cuantas materias, alcanzando el límite de amonestaciones, por no ser capaz de establecer, ni en un delgado desliz de su ajetreada adolescencia, un acuerdo de paz entre ella y su rebeldía, esa fuerza innata de madre atigrada que ya la impulsaba, entre otras cosas, a no decir nunca lo que los otros querían escuchar, sino lo que realmente pensaba. Perdió amigas, novios, discutió con sus padres y profesores, mas nada de todo lo que sufrió por querer ser como era hizo quebrantar su naturaleza de confrontadora auténtica. Acorde a la tendencia de esos tiempos, Grace era una mujer muy activa, disfrutaba mucho tener que ir de aquí para allá día tras día tratando de sortear las trampas ordinarias de la mustia rutina, pocas veces pensaba lo que decía, decía no decir mucho pero decía, decía que lo que se decía no era lo que más importaba, sino cómo se decía, decía sentirse orgullosa de qué y cómo lo decía. Cargando a cuestas la responsabilidad de su hermosura, toda su vida se esforzó por no caer en la etiqueta de «muñeca tonta». Para cumplir con su objetivo, si no llegaba a lograrlo utilizando la solvente capacidad de su acentuada inteligencia, entonces lo más probable era que lo hiciera tranquilamente con igual eficacia recurriendo a su actitud, intuición, mañas o triquiñuelas. Ese principio de cabecera, motor de su vida, la condujo a estudiar cosmetología luego de haber intentado, sin convencerla, la carrera corta de peluquería; a perfeccionarse aún más en el área estudiando cosmiatría, maquillaje, peeling, manicuría y otros tantos cursos complementarios más pequeños que, en sumatoria, constituían las raíces sólidas de su éxito comercial. Un motivo primordial, este, por el cual

hoy se encontraba en este vuelo a tantas millas de su hogar.

Todo había comenzado meses atrás, cuando se le había presentado una ocasión inmejorable de negocios que requería de forma imprescindible su presencia en Europa. Si todo iba bien, en muy poco tiempo no solo podría estar pegando un importante salto a nivel profesional, sino que, además, como si esto no fuera ya suficiente, estaría cumpliendo uno de sus máximos sueños: visitar el Viejo Continente. Pero esto no iba a ser tan sencillo como aparentaba: tomar la decisión acarreaba un pequeño inconveniente, pues lo más lejos que Grace había viajado en su vida —y ni siquiera en avión— había sido una sola vez a las playas vecinas de Punta del Este. Un asunto que, aunque pareciera de no creerse, hasta última hora la había venido inquietando en considerable cantidad. Sin embargo, con el convencimiento que le proporcionaron sus más allegados, terminó aceptando la propuesta al concluir que tan solo un enajenado podría dejar pasar tan preciada oportunidad. A pesar de los nervios que le producía la idea de tener que viajar sola a un mundo tan ajeno al suyo, la recompensa de poder ser la importadora oficial de unos productos nuevos que revolucionarían el mercado —ciento por ciento naturales y altamente competitivos para los cuidados de la piel— era mucho mayor que cualquier impedimento que se le presentase referente a su miedo a volar.

Así lo hizo, entonces. Para encontrarse con los creadores de la marca, Grace había tenido que viajar a Niza desde Ezeiza el viernes por la madrugada. Después, el domingo por la tarde, había tomado otro avión a las apuradas, que la había conducido en dos horas hasta Londres, donde hacía años residía su mejor amigo, Walter Martínez, para poder compartir con él una efímera velada, aprovechando que su vuelo de retorno desde Heathrow estaba programado, a propósito, para las primeras horas de ese lunes por la mañana.

En las pantallas planas de la aeronave, un reloj digital informaba que en la ciudad de partida habían pasado ya algunos minutos de las nueve. Exceptuando una breve zona algo turbulenta que acababan de atravesar, el resto del recorrido transitado hasta el momento había transcurrido sin ningún inconveniente. Ahora sí, ya más distendido, pero no por eso menos atraído por su resplandeciente encanto —que parecía aumentar conforme lo hacían sus ganas de por lo menos volver a rozar su brazo—, Félix tomó el libro con plena seguridad de que nada volvería a interrumpir su lectura. Mas no hubo caso: el impacto repentino de un nuevo imprevisto lo obligó a tener que postergarla nuevamente.

No acababa de ubicarse con comodidad contra el respaldo de su butaca, cuando una pequeña pelota de goma espuma le golpeó desde atrás la cabeza, de manera sorpresiva, yendo a parar a los pies de Grace, luego de rebotar, ya sin fuerza, por segunda vez consecutiva, en el asiento de uno de los pasajeros que tenían adelante. La comicidad del evento —Grace había tenido la oportunidad de presenciar toda la secuencia— que los había tomado desprevenidos, provocó la risa de ambos, pero fue ella quien, al final, rompió el silencio que alguien tenía que romper, con una frase que lo tendría en vilo a Félix por más de unas cuantas noches. Con una mirada insinuadora, sosteniendo en la mano la pelota —recién levantada para devolvérsela al niño propietario que la había arrojado sin ninguna malicia jugando—, justo frente a los ojos de Félix, para que pudiera verla bien, le dijo: «¡Siempre caen a mis pies!». Aunque Félix estaba algo acostumbrado a ese tipo de comentarios de índole picante por parte de las mujeres, fue evidente que no pudo dejar de asombrarse con tal salida humorística. En ese momento hubiera querido decirle algo a su audaz interlocutora con la misma picardía verbal que ella había tenido, sin embargo, ante su sorpresiva gracia, que lo había dejado por un ins-

tante perdido de amor en el espacio tridimensional de su asiento, no pudo decirle otra cosa más ingeniosa que aquello primero que le salió:

—¡No me extrañaría! —le dijo, sondeándola discretamente con la mirada— ¡Con semejante belleza...!

Grace no pudo sentirse menos que halagada con aquel piropo que, sin poder disimularlo en su rostro, la sonrojó. Y aunque ella misma se había desconocido en sus palabras algo provocadoras ante alguien que no conocía, disfrutó despreocupada de aquella coquetería en broma, propia de su carácter singular. Para cambiar de tema rápido y seguir vaporizando la misma simpatía que había quedado flotando en el aire con su avispada ocurrencia, le preguntó por el libro que estaba leyendo, y así descubrieron que era el mismo que ella había comenzado a leer el semestre anterior, en su habitual lectura múltiple y dispersa. Hablaron un rato de la novela, sin entrar en detalles, puesto que Grace todavía no la había culminado, acabando, sin darse cuenta, hablando muy animados de sus vidas privadas, con una soltura bastante similar a la cosechada con la buena amistad.

Comenzó él contándole de su estadía en Europa. Haciendo un esfuerzo importante para no delatar lo gozoso que estaba admirando su beldad, le contó con adornada gracia de sus viajes fascinantes por Italia —la tierra de sus antepasados—, del pacto de amor eterno que contrajo con la música electrónica en esa pequeña isla del archipiélago balear llamada Ibiza, de todo lo que había aprendido y disfrutado viviendo y estudiando en el país de los castillos medievales, de la Revolución industrial, Newton, los Beatles, Churchill, y tantos otros personajes que, no por nada, fueron protagonistas de acontecimientos trascendentales en la historia de la humanidad. Estimulado por el interés de Grace que, a base de preguntas múltiples, no cesaba, la llevó a continuación, con su mejor elocuencia, a tomar una cerveza blanca



en Bruselas, a fumar una *white widow* en Ámsterdam, a visitar los mercados callejeros de Tetuán, a surfear las nieves de los Pirineos. Era evidente que ella se mostraba cada vez más entusiasmada por los detalles de sus experiencias que, a voz de unos «¡por favor!» dulcemente convincentes, le pedía; y cuando ella lo hacía, cuanto más lo hacía, él mucho más se lamentaba no haber dado la vuelta al mundo infinidad de veces, para poder seguir narrando historias a su lado, una tras otra sin ningún apuro, por toda la eternidad.

Uno de los motivos principales por los cuales Grace lo alentaba tanto a no detenerse en su relato era el ardor resurgido de un viejo anhelo, por lo que se veía, aún no extinguido. Más o menos desde los veinte años hasta recién entrada la siguiente década de su vida, ella siempre había tenido ese fuerte deseo de viajar por el mundo, solo que con frecuencia atribuía su no determinación al destino que le había forjado desde joven su carrera laboral. Varios de sus amigos más entrañables —sin ir más lejos, Walter Martínez— habían tenido la oportunidad de hacerlo libremente en el momento justo de sus vidas juveniles sin compromisos, y cuando ellos volvían de visita, se divertía escuchándolos contar sus numerosas anécdotas, mordiéndose en el fondo las ganas inmensas de probar suerte afuera y mandarse a mudar. Esa pequeña deuda con su alma (más otras en verdad urgentes, que aún seguía dejando pasar), de tanto en tanto le opacaban la sonrisa, le arrebataban los sueños, dejándola tendida en la cama sin explicaciones, con toda esa conocida tristeza volviendo a empezar. Por más que lo intentase, no había forma de evitar caer en el abismo en que la dejaban todas las incorrectas decisiones tomadas a lo largo de su vida, allí justo en las inmediaciones del recrudescido desamparo, donde nada más que el amor que ella sentía por sí misma, al fin de cuentas, la iba a poder ayudar. Para no enfrentarse con lo que debía, iba y venía siempre como escapando de todo,

resultándole muy difícil pasar más de unos cuantos días sin ser sorprendida por aquel persistente pesar. Entraba, pues, en la incertidumbre, se enfadaba consigo misma, hasta que, finalmente, comenzaba a olvidarse de todo: de su belleza; de lo que había logrado con tanto esfuerzo, luchando una y otra vez, como si fuera en contra de la marea; su apartamento en Puerto Madero, su automóvil, su familia, sus amigos; terminando, en definitiva, sin entender cómo ninguna de todas estas cosas de gran valor que ella poseía podían hacerla sobreponerse a la opresión interna que, en esas situaciones de angustia, sin consuelo, la llevaba a llorar.

Grace seguía escuchando a Félix muy entretenida mientras él se explayaba, lo miraba con sus dadivosos ojos silvestres, encontrando en él el entusiasmo que ella había tenido en otros tiempos, con fascinación. Habituada a entablar largas conversaciones con mujeres, hombres, niños, compañeros de viajes esporádicos, o quien fuera que estuviese siempre tan dispuesto al diálogo como ella (como ya hemos mencionado), buscaba hallar entre sus dichos algún indicio que la condujera a la contagiosa vulgaridad de la gran mayoría de los hombres, pero no encontraba en él más que buenas intenciones. Le resultaba una persona simpática, amable, le gustaba su manera de hablar, su espíritu aventurero. No había modo alguno de evitarlo, aunque intentara no recordarlo, quitárselo de la cabeza, todo la estaba conduciendo, de a poco, por una carretera escarpada a ese terreno prohibido donde se había amotinado con firmeza el recuerdo todavía candente de su halago inicial, ese que la había rotulado como «semejante belleza», con un atractivo descarado, difícil de poder olvidar. Ella sabía por dónde se estaba metiendo con ese pensamiento no debido, pues jamás de los jamases, en su larga y conocida relación sentimental con Octavio Echegaray, se le había cruzado la impensable idea de confundir sus deseos de ser agradable con los de una

posible infidelidad. Sin embargo, algo irreversible le acababa de suceder en este último viaje. Harta ya de sentir siempre ese vacío acechante, rígidamente había determinado que, al fin, de una vez por todas, había llegado el momento de empezar a cambiar. El nuevo aire ofrecido por la distancia le había ayudado a reconocer que estaba presa en una vida por la que no quería seguir incursionando; y Félix, que parecía caído del cielo a su lado, en continuo desparramo del néctar de su carisma a través de sus labios, tal vez, en su anonimato, una manita con eso le podía brindar. En su sencillez lo encontraba magnéticamente atractivo; ella presentía que le gustaba, que su mirada sobre ella algún tipo de deseo ocultaba; y aunque bien sabía que en todo caso lo único que haría con él sería divertirse un poco, coquetear libremente, jugando a la recién separada, estaba segura de que nadie lo descubriría, nadie se enteraría, mucho menos a tanta altura, a unos diez mil metros sobre el nivel del mar.

Es bueno aclarar que Grace hasta allí no era una mujer casada como muchos de su entorno no tan cercano creían. No obstante, no muy diferente a serlo era la vida que llevaba desde hacía nueve años con el principal heredero del multimedio Delovingart, Octavio Echeagaray, un hombre que había sabido cómo conquistarla en el pasado con sus constantes halagos, sus gentiles cuidados y sus cariñosos abrazos. Había hecho, además, los aportes necesarios para que su única hija, Rocío —la luz de sus días—, pudiera ser concebida un lustro atrás bajo el signo de Escorpio, el mismo de ella —tal vez como una simple casualidad de las estrellas—, tapando así algunos cuantos baches problemáticos que ya estaba teniendo para ese entonces la desgastada pareja, lamentablemente hasta tal punto de dilatación, que ya nadie lo podría reparar. Más allá de algunos comentarios sueltos suspicaces que las maneras sensuales de vestir de Grace y su índole estuosa podían llegar a despertar, en especial entre las

mujeres que envidiaban sin admitirlo su capacidad certera de cautivar donde fuera la codiciada atención de los hombres, algo era cierto por completo: nunca nadie se hubiera atrevido a poner en tela de juicio la fidelidad devota que siempre había tenido hacia Octavio Echegaray. Claro que muchos fueron los que intentaron corromper esa estirpe de mujer noble, mas uno a uno fueron todos fracasando por la solidez majestuosa de su profundo amor que, tanto en la adversidad como en la gloria, la solía sostener.

Pero todo había cambiado en la relación desde hacía varios años. Aunque no sabía con precisión desde cuándo, lo cierto es que un determinado día comenzó a visualizar el agravio inmerecido de su corazón que moría. Esto, lentamente, la fue despertando de un letargo de amor que andaba ya sin besos (vaya a saber uno cómo), que la hizo caer en la cuenta cruda de que, si seguían por donde venían, terminarían como tantas otras parejas perdidas: estrellándose contra la desdicha. Entonces reflexionó para intentar recuperar con lo poco de amor que le quedaba el resto del amor que se les había perdido. Quiso volver a mirar con los ojos enamorados de aquel maravilloso comienzo que habían tenido; quiso pensar que Octavio no le prestaba más atención porque estaba siempre muy ocupado con su trabajo, pero ella no podía quitarse la idea de la cabeza de que, en realidad, él no lo hacía por falta de tiempo, sino, simplemente, por no tener el menor interés. Quiso también volver a pensar que, tal vez, su mal carácter, su maltrato verbal, su conversación constante sobre sus propias cosas —como si a ella solo eso le interesara—, su falta de cariño, su forma de comer, de hablar y, sobre todo, esa manera mecánica de hacer el amor, eran cuestiones normales de todos los matrimonios, a las cuales uno tarde o temprano tendría que acostumbrarse. Pero no pudo. Solo el enamoramiento que los había llenado en aquellos días donde el esplendor del amor reinaba sobre

sus corazones podía acaso sosegar todas estas actitudes que ahora rechazaba. Sin embargo, fue todo inútil: los dos habían cambiado mucho con respecto a esos iniciales tiempos rosados; él no se daba cuenta de estas cosas, ella ya no podía sostenerlas y, del amor, claro, ya no quedaba ni siquiera la penosa caridad en descomposición de sus míseras migas. Nada, ni el afecto desmedido que sentía por su hija Rocío, podía ayudarla a tratar de salvar este naufragio, ser un poco más tolerante con Octavio, más compañera, más amiga o amante, porque todo eso, en verdad, ya lo había intentado. Entonces, día a día, poco a poco, fue soltando la cuerda del amor que los unía. Como la luz de un faro que se aleja al entrar en altamar, veía la llama de su amor apagarse en cada anochecer, que oscurecía su risa, su mirada y su vida, y le quitaba las alas, con las que se echaba a volar.

A las once les sirvieron el almuerzo. Mientras comían, charlando como si se conocieran de toda la vida, llegó el turno de ella de contarle a Félix un poquito acerca de quién era. Antes que nada, le contó que había viajado a Niza por negocios, con tiempo de sobra tanto para pasar a visitar a su mejor amigo por Londres como también para recorrer un poco ambas ciudades más que encantada. Desde que había dado comienzo a sus expresivas descripciones —desconociéndose—, un fuerte deseo la perturbó: llevar en su dedo anular el anillo que sutilmente ocultaba; ya que, si bien este en verdad no lo era, igual tenía un significado muy parecido al de una alianza matrimonial. Prosiguió contándole que tenía una cadena de centros de belleza para la mujer —todos ellos muy bien ubicados en tres de los barrios más exclusivos de la ciudad: Las Cañitas, Recoleta y Abasto—; que hacer gimnasia en sí no le resultaba muy agradable, pero que lo hacía tres veces por semana para poder seguir manteniéndose linda y saludable, como a ella le gustaba; que era vegetariana desde la niñez, que le gustaban las mascotas —mucho más los

gatos que los perros—, pero solo en las casas de los demás. Todo eso, por supuesto, midiendo bien sus comentarios, cuidándose de no nombrar ni a su hija ni a su padre —lo que usaba siempre de instantáneo resguardo contra el asedio cotidiano de los cazadores de ciudad y sus insinuaciones propinadas a toda hora—, por el simple hecho de sentir que, esta vez, sin necesidad de mencionarlos, podía arreglárselas muy bien solita. Cambiando fácilmente de tema, dejando fluir la conversación por donde fuera, hablaron otro tanto de comidas, deportes, libros, cine, música; en fin, de todo lo que tenía que ver con todo —o casi— de todo, menos calculada y convenientemente, de sus situaciones presentes en el amor. En definitiva, de qué hablar no era algo que le preocupaba mucho a Félix, que no recordaba haber hablado tanto tiempo y tan complacido con tan bonita mujer nunca antes en su vida. Un suceso que ya de por sí se había convertido en un logro de flamante agrado para sus sentidos, lo cual, además, no es de extrañarse, lo entusiasmaba hasta el desborde, reavivando una vez más esas esperanzas de algún día coronar su existencia con la compañía de una princesa como esta de las más altas esferas de la preciosidad.

Pero Félix tenía muy claro desde sus primeras conquistas que —dado que la vida no lo había favorecido con los rasgos característicos de la belleza canónica—, para cortejar a las mujeres que más desease en este planeta, tendría que valerse de todos los artilugios disponibles a su alcance, salvo aquellos que estuviesen directamente relacionados con su físico peculiar. Para ello, aprendió el oficio permanente de mitigar la opulencia de su cuerpo robusto de metro noventa, su eterna semi-larga cabellera de invariable condición desarreglada, hasta la voz ronca barítona sin domesticar, con la mirada diáfana de los escuderos del amor y su arma anti-desventuras: una sonrisa viva, alegre y constante, banderas emblemáticas de su humilde personalidad. Fue justo allí,

en plena búsqueda de sí mismo, cuando descubrió la teoría que mejor definiría su carácter:

*Está claro que no todos poseen talento para lo que hacen. Pero está comprobado, asimismo, que la tenacidad muchas veces puede igualarlo. Sin talento y sin tenacidad casi seguro que no se puede conseguir nada de tamaño grande. Talento + tenacidad + golpe de suerte es igual a lo que poseen solo algunos cuantos genios.*

Esta fórmula era demasiado sencilla de desentrañar para Félix que, por ser una persona bastante perspicaz, fácilmente podía admitir que no era ningún genio, ni tampoco había nacido con algún prematuro talento despierto, nada no quería ser en este mundo, lo único que tenía a su verdadero alcance era la tenacidad.

Al principio, aún en su pubertad, no se le notaba mucho esa fuerza interior que perfeccionaría con el correr de los años y que lo identificaría ya en plena madurez con la insignia propia de aquellos que mueren siendo concedores del simple secreto de la felicidad. Cuando estudiaba, no lo hacía por mucho tiempo; cuando trabajaba, tampoco. Cambiaba de gustos como de ropa. Practicó fútbol, vóley, karate, natación y piano, entre otras actividades. Pero para disgusto de sus padres que, por error, lo inscribían en cualquier lado, con tal de que hiciera cualquier cosa, sin tener en cuenta sus verdaderas motivaciones, todas más pronto que tarde, las abandonó. Fue ricotero, marchoso, cheto, alternativo, mas hoy afirma, ya sin pertenecer a ninguno de estos estereotipos, haber encontrado su verdadero estilo, el día en que reconoció frente al espejo que no era el resultado de uno, sino de un poco de cada uno de ellos. Sin embargo, a medida que crecía e iba teniendo objetivos cada vez más claros, una rigurosa línea de nuevas conductas redireccionó para bien su carácter, apaciguando el derroche energético que provocaba su dispersión.

Tan solo dos años de ensueño, a orillas del ancestral mar

Mediterráneo, más haciendo amigos, conociendo ciudades, saliendo de fiesta, cortejando mujeres, comiendo lo que encontraba, tomando hasta lo que no había, durmiendo como podía, que en verdad trabajando «a tope» —como solía decir a sus padres—, le alcanzaron a Félix para darse cuenta de que gastarse todo lo que tenía de esa forma, viviendo solo para satisfacción del presente, podía tener las graves consecuencias de una vida sin futuro floreciente. De un día para otro, esa visión cuerda lo llevó a empacar nuevamente sus mochilas. Abandonó el paraíso ibérico —que había sido su puerta de embarque a Europa, casi más que a la vida—, tomando por primera vez el control de su bote (que, gracias a la colaboración desinteresada de su ángel del destino, parecía no ir tan a la deriva), para embarcarse rumbo a un lugar en el que jamás hubiera pensado que viviría. Donde, además de aprender por fin el tan beneficioso idioma dominante y poder trabajar al amparo legal de un país de jerárquica categoría, también encontraría, de rebote, las ineludibles puertas de la madurez.

Nunca olvidaría esa Navidad en Guilford, a pocos días de su llegada. Su única amiga —o, mejor dicho, conocida— no solo en Inglaterra, sino en todas las Islas Británicas —una mallorquina gentil, que estaba allí estudiando Psicología por segundo año consecutivo, con la que había entablado amistad apenas por unos cuantos días, mientras trabajaba en los centros invernales de esquí de Andorra—, lo había dejado solo de invitado temporal en su casa. Al igual que los otros tres compañeros de piso, también universitarios, ella había tenido que regresar a su país de origen para pasar las fiestas junto a sus seres queridos. Sin conocer entonces a nadie en miles de kilómetros a la redonda con quien celebrar aquella fiesta que tanto esperaba, Félix preparó algo de comida rápida que había en la alacena de la cocina, y se dispuso a saborearla tranquilo en el *living*, frente a un viejo



televisor. Cambiaba de canales —fascinado, como siempre, por el contacto con una nueva cultura—, cuando, de repente, el canal de noticias lo paralizó. No entendía nada lo que estaban diciendo —su inglés era menos que básico—, pero tampoco hacía falta saber mucho para comprender. Reconoció de inmediato en la pantalla a su gente, sus calles, sus autos, sus gobernantes, sus policías, todos ellos inmersos en una anárquica proliferación de griteríos desesperantes, golpes, llamas, saqueos, un caos aterrador que, con gran justificación, estaba conmoviendo a la opinión pública del mundo entero. Su país, del lejano austral, se estaba hundiendo en una de las mayores crisis financieras y políticas de su historia, en tanto que él se encontraba allí tan lejos, sin poder hacer más que asombrarse, sentado en un sillón, impávido, distante, sin trabajo ni dinero, sin amigos ni familia, celebrando en la Nochebuena el hallazgo en oro de la soledad.

A pesar de lo lamentable del famoso *corralito* —como luego se denominó a aquel cataclismo nacional—, la verdad fue que a Félix no le afectó demasiado. Si bien es cierto que en sus primeros días andaba como pez en el agua reconociendo maravillado su nuevo hábitat, es importante resaltar que él también tenía sus propias cuestiones inmediatas que resolver. Esto quería decir tener que encontrar trabajo y vivienda para trasladarse con sus cosas a la brevedad, sumado a la dificultad que implicaba, por supuesto, el no hablar el idioma.

Al final, frente a lo que había pensado, esa búsqueda indispensable, que lo devolvió rápidamente a flote, duró menos de dos semanas. Al conseguir sin dificultad el primer trabajo estable de su vida, recobró pronto también la confianza que había ido decayendo, producto de la incertidumbre lógica del aventurado viaje. Se lanzó con ímpetu al intento de tornarse responsable y consiguió, por fin, su hasta ese entonces desconocida autosuficiencia monetaria. Ese fue el momento

de inflexión en la vida de Félix, donde se independizó económicamente para siempre de sus padres, donde por decisión propia se acabaron los tan queridos giros de dinero, junto al uso indiscriminado de las extensiones de sus tarjetas de crédito salvadoras. El entorno inglés de a poco lo fue moldeando en un hombre más medido, más honesto, más correcto. Libró fuertes batallas contra su arrogancia porteña, o casi porteña, aplacó la timidez que lo apremiaba desde chico, se apartó de la vida nocturna. Como consecuencia de todo esto (enhorabuena), se empezó a preocupar mucho más por el interior que por el exterior.

Dirigirse a la biblioteca para leer libros de aprendizaje de la lengua inglesa se convirtió gradualmente en una cita insustituible durante la semana. Desde ese momento, adquirió —para nunca más dejarlo— el buen hábito de la lectura. Había dejado a sus mejores amigos del barrio —socios fundadores de la idea original de cruzar el charco— diseminados por toda Cataluña y la isla blanca, de modo que, cuando podía, durante las vacaciones de su trabajo, se pegaba una vuelta de una o dos semanitas para visitarlos y no desacostumbrarse tanto al amor. Allí se aprovisionaba de todos los bienes de lujo que escaseaban en el frío del norte: risas, besos, abrazos, cariño, y, por supuesto, montones de libros en castellano; si eran novelas, pues mucho mejor. Los de ficción eran sus preferidos: los clásicos y los no tanto, los cuentos y las crónicas; nunca faltaba la compra de alguno del maestro de la poesía, Reyes Basoalto, de Gabriel García Márquez, Mario Benedetti, Isabel Allende o Paulo Coelho. Todos ellos, por mera casualidad, latinoamericanos, pero no de su tierra (estos no le gustaban, aunque algún día sabía que debería darle una chance seria, no a Borges ni a Sábato, sino a Julio Cortázar). También sentía mucha atracción por los libros del *new age*. Nunca hacía caso a las recomendaciones que escuchaba o leía en las críticas; solo compraba aquel

que, al ojearlo, le hiciera cosquillas directas en el corazón. Teniendo entonces siempre con qué, a menudo cuando salía de trabajar, se pasaba el resto de las horas que le quedaban al día leyendo junto al río o en alguna de las tantas cafeterías que había distribuidas por toda la ciudad.

Al cabo de veinticuatro gloriosos meses —tal vez algunos más, tal vez algunos menos—, ya no tenía ningún problema para comunicarse con la gente por medio de lo que había resultado ser, en su entender, un dificultoso lenguaje; había podido ahorrar algo de dinero, había leído bastante y vivido lo suficiente como para creer pensar diferente, ver las cosas de otro modo, sentirse una nueva persona. Pero quizá, en verdad, nada tenía que ver su notable cambio con todo eso, sino con el lugar donde se encontraba, o tal vez era una mera consecuencia de la edad, de su propia naturaleza, de su propio destino, o de todo eso junto; Félix siempre se lo preguntaría. Lo único seguro entre tantas preguntas sin responder, que aún hoy albergaba en su alma, era que nunca antes había llegado a estar tan cerca de Dios como en la felicidad inmensurable de aquellos días de incansable búsqueda foránea.

Una cercanía que se había ido afianzando en sus largos silencios de cada día, en los desayunos esporádicos dentro de la no muy pulcra cocina, en los almuerzos del trabajo; cuando se tumbaba en el pasto, bajo el último sol de la tarde, para leer, picotear algo o ver a la gente pasar y contemplar el paisaje; en los paseos junto al río Wey, con sus patos divertidos, sus variadas aves y sus árboles floridos; de regreso a su casa, mientras subía despacio la leve pendiente que tenía aquella bella zona céntrica de Guilford; en el cielo estrellado que se veía desde la ventana de su habitación helada a la noche, justo antes de entrar al mágico mundo de los sueños. Y, aunque entonces Félix no había podido reconocer en esta unión silente *sz* llamado universal que estaba ya golpeando a

su puerta, esta, así y todo, nunca se le cerró.

De ahí en más, una cosa fue llevando a la otra. Perfeccionó su inglés estudiando en el colegio Queen Victoria con profesores especializados en enseñanza a extranjeros; aunque su principal escuela, diría, había sido siempre hablar con la gente deambulando entre sus calles y sus bares. Se anotó en la universidad de Glamorgan, en Gales, adonde eventualmente se mudó. Allí, a su tecnicatura en Marketing, conseguida en la Fundación de Altos Estudios, le sumó el título de Administración de Empresas. Al mismo tiempo que estudiaba, también trabajaba. Lo había hecho de muchas formas, por lo general dentro de la gastronomía, en todos los horarios habidos y conocidos. Tuvo amigos católicos, musulmanes, hindúes, chinos, griegos, polacos, casi de todas partes del mundo. Compartió cama, risas, charlas y peripecias con mujeres de los cinco continentes. Ahorraba algo de dinero, viajaba. Viajaba, soñaba. Todo daba la impresión de que lo hacía dentro de los límites de lo aceptable; sin embargo, cada nuevo día, adonde fuera, a cualquier hora, de cualquier forma, rogaba encontrar eso único que para él tenía un verdadero significado en su vida. No veía la hora de poder destruir, romper, aniquilar, arrollar, abatir, desbaratar, triturar, hacer añicos, pulverizar, desintegrar, exterminar, desmoronar, desmantelar, para siempre, eso que parecía ser una aborrecible maldición yaciendo perenne contra su persona.

Hubiera dado todo lo conseguido hasta ese momento por caminar henchido de enamoramiento junto a una bella dama que, al fin, quisiera ser toda y solo suya; ir al cine con ella, compartir una cena romántica, sentir su mano en su rostro, besar sus labios, acariciar su piel, amarla hasta el amanecer, darle todo el amor que había guardado durante tantos años en cuotas de mil besos por día, durante toda la vida. Pero ese encuentro soñado nunca llegó, y el tiempo

que debería haber sido para el amor, simplemente, lo aprovechó tratando de convertirse, lo más que pudiera, en un mejor hombre.

En algún momento impreciso dentro de aquella afanosa tarea, su fiel look rutero americano, antes un simple grito de la moda, se convirtió en parte integral de su persona. Por muchos años, entonces, quedaron vigentes en su cuerpo una barba de pocos días —raras veces cambiante— junto con sus cuatro objetos personales irremplazables: sus anteojos de sol deportivos, su reloj de acero, su pulsera y su anillo de plata. Estos dos últimos, con un valor agregado por haber sido comprados con su primer sueldo, en su primera visita al afamado mercado bohemio de Camden Town. Más por elección que por falta de recursos económicos, siguió teniendo además por costumbre no poseer en sus armarios más prendas que las que llevaba comúnmente puestas. Le gustaba usar zapatillas de color negro similares a sus zapatos tipo botitas, adquiridos todavía con liras en la bulliciosa ansiedad de compras de un sábado por la tarde, sobre la fecunda, célebre y autóctona Via del Corso de la *bellissima* Roma; jeans, azules o negros, de buena calidad, natural o intencionalmente gastados —por supuesto procedentes del mismo país, número uno indiscutible de la moda— con remeras sencillas, lisas, tirando a oscuras, de cuello redondo o en V. Todas vestimentas tan simples, tan similares, que no había forma de combinarlas entre sí para intentar que parecieran otras. Para el invierno, bastaba con un buzo canguro, uno o dos suéteres clásicos, su entrañable campera de jean forrada con corderito y su abrigado set de guantes, bufanda y gorro —estilo colla, tejidos a mano por nepaleses en el corazón mismo del Himalaya—. Por fortuna, tampoco le hacía falta cambiar mucho de atuendos para sentirse bien, reconfortado o reconocido; en ningún sitio pasaba desapercibido pues, lo que no tenía en pilchas, lo terminaba com-

pensando con su actitud, nunca menos que positiva. Así iba por la vida entonces, como un vaquero de ciudad: fuerte, contemplativo, rustico, dúctil, pedestre, dinámico. Siempre hacía lo que debía como mejor podía, mas, cuando no tenía nada que hacer, disfrutar del no hacer nada formaba parte del buen cuidado diario que ejercía para el mantenimiento de su salud. En todas partes se comportaba de la misma forma, vivía como pensaba, seguía su instinto —nunca en tropel—, no tenía miedo, era arriesgado, silencioso, observador, intuitivo. A menudo, todos lo veían como un hombre triste, serio, solitario, apesadumbrado, pero, en el fondo, él bien lo sabía, aunque muchas veces intentaran persuadirlo de lo contrario, entre tantas risas falsas, era el único feliz, de la noche a la mañana.

Los últimos pensamientos de Félix antes de emprender la retirada final esa mañana en el aeropuerto londinense eran justamente las palabras de cierre que había ofrecido el decano de la Universidad de Glamorgan en la entrega de diplomas, hacía tan solo dos meses, en pleno verano septentrional. Decía: «*Dear fellas*, en el mundo existen tres clases de personas: los que se preocupan por que las cosas sucedan, los que miran las cosas suceder, y los que se preguntan: ¿qué sucede?». Acto seguido, el sesentón hombre, vestido al igual que la mayoría de los allí presentes con toga y birrete, apartó la vista del papel, levantó la cabeza y miró hacia los estudiantes con un gesto de emoción en el rostro, como si fuesen cada uno de ellos sus propios hijos, para concluir: «Asegúrense, por favor, de ser de los primeros».

Como un tatuaje imborrable en su memoria, Félix llevaría consigo esa sentencia que le había brindado las palabras precisas para expresar lo mismo que él ya pensaba al respecto, solo que sin saber de qué manera decirlo. Desde su aprendizaje, nunca más cambió su curso, supo, y para siempre, que había venido a este mundo no para ser un mero espectador

de la vida, sino para ser un incansable protagonista.

De vuelta en el presente, la charla entre Félix y Grace se ponía cada vez más entretenida. Por ciertos comportamientos demasiados libertinos de parte de ella, a Félix ya le estaban entrando ganas de mostrarle, aunque fuera apenas, la punta de sus colmillos, para ver cómo reaccionaba. Era raro verlo, en una situación como esta, no aprovechar las muchas facilidades presentadas para el levante, pero tenía buenos motivos para ser cauteloso: primero, no estaba seguro de si ella era así o realmente estaba coqueteando; segundo, no quería romper la buena onda que había; muchos menos, en el peor de los casos, arruinarlo todo, sin posibilidad de retorno, con una mala jugada. Además, aparte de la intimidación que le causaba su categórica belleza, ella también tenía otras cosas interesantes que lograban en él un efecto con pletórica similitud. Tal vez la más sobresaliente de todas, por nombrar al menos una, era la diferencia notoria de edad que existía entre esta mujer, que incursionaba la máxima plenitud de sus cuarenta, y este nuevo hombre que acababa de soltarse a las vicisitudes de la vida.

Sin embargo, poco se dejaba entrever en verdad esta arbitrariedad del tiempo que a ninguno de los dos —por cierto— importaba. No tanto porque él, tras la muerte inesperada de su padre, habiéndose dejado la barba ahora sí permanentemente (tal vez en su honor) había empezado a demostrar ser un hombre más maduro para su edad, sino más bien por la impecable capacidad de Grace para mantener siempre florida su radiante juventud. Aun con aquella disparidad numérica irreparable, por momentos su lado instintivo le decía a Félix que avanzara, que tantease, que algo parecía haber entre ellos. Mientras que el otro, el lado racional, ese que en el juego del amor nunca había tenido la cándida suerte de no traicionarlo, le indicaba que las probabilidades de que una mujer de su edad, inteligente y gua-

pa como ella estuviese sola, sin pareja, coqueteando con él en un avión, no eran demasiado alentadoras. En medio de esa dicotomía que ya empezaba a inquietarlo, lo mejor para el bienestar de su blando corazón fue despreocuparse del asunto. Eso sí, listo como siempre para pegar el zarpazo en cualquier momento en que las circunstancias se lo pidiesen.

Grace, en cambio, se encontraba disfrutando de todas aquellas encarecidas poses, movimientos y palabras seductores que dedicaba con peligrosidad al encuentro. Después de nueve años de leal abstinencia, estaba probando qué se sentía andar de nuevo suelta, sin las cadenas de la abnegación, e intensificaba sus encantos femeninos, no tanto para provocarlo, sino para ver si todavía le seguían funcionando. Lo venía haciendo bastante bien —de hecho, ya estaba empezando a dar por recuperado su poder hegemónico sobre los hombres—, cuando un mal movimiento, proveniente de recomendarle a él algunas cremas, terminó desencadenando no precisamente lo que estaba buscando.

Hablando del crecimiento del mercado masculino de la estética en los últimos años, y frente a las quejas reiteradas de Félix de que siempre le salían unas pequeñas manchitas en varias partes de la piel, ella le dijo: «A ver, déjame ver la cara». Otorgado su consentimiento, Grace se le acercó —un tanto más de como lo hacía habitualmente con sus pacientes—, procurando, además de conseguir una mejor ubicación técnica para su improvisado chequeo, que le quedase bien claro a Félix, desde su perspectiva visual masculina, que las que lucía orgullosa por debajo de su escote —ya fuera gracias a su buena genética, sus estrictos cuidados o gracias a Dios—, todavía seguían así de grandes, firmes y redondas, batallando al frente de su corazón. Luego, le tomó apenas el mentón, más con las uñas que con los dedos, girando su cabeza para un lado y para el otro, observando sin distracciones la superficie de su tez. Cuando sintió que el prominente



mensaje le había llegado, a pesar de que Félix había sabido resistir con altura al oleaje de sus glorias, supo de inmediato que lo tenía acorralado. Acto seguido retrocedió —lo mínimo e indispensable, para seguir estando próxima— y le pidió la mano, del mismo modo indiferente en que lo había hecho con el rostro. Mientras se la tomaba para examinar, dio comienzo a una serie de preguntas rutinarias. Ese fue el instante eterno en donde todo ocurrió.

Como un obstinado sabueso, Félix comenzó a seguirla con su mirada esmeralda por todos lados, impidiéndole a Grace pensar en un diagnóstico acertado. Le seguía el movimiento de la mano, la miraba a los ojos, le miraba los labios cuando hablaba, un poco el cuello, otro tanto el mandala, por arriba del brazo, otra vez a los ojos, la boca. Era una mirada distraída y relajada, que no podía estar haciendo otra cosa más que husmear, codiciosa, sobre la superficie de su alma, invadirla, penetrarla, algo así como desnudarla, sin siquiera tocarla. Tenía que ser, por supuesto, la misma mirada que le había dirigido, con más entusiasmo que moderación, de arriba abajo por la retaguardia, cuando ella se había levantado para ir al baño, sin poder esperar tan solo un poco más de tiempo para que ella no fuera capaz de darse cuenta. La misma que aprovechaba cualquier ocasión para sondear sus dos mundos de fantasía; la misma que, cada vez que ella se cruzaba de piernas, se quedaba paralizada y expectante, casi con reverencia, esperando el final de aquella danza para retomar el hilo de la conversación en el que estaban. La misma que la hacía reír, la misma que la halagaba, la misma que en este preciso instante de la vida, jugando a la doctora —ya un poco grandecita—, le estaba a punto de resucitar el corazón.

La solución era sencilla: le iba a recomendar ciertos productos que, en muy poco tiempo, recompondrían notablemente el estado de su piel. Pero se dio cuenta de que era

inútil, desde el momento en que comenzó a percibir que Félix ya no la estaba escuchando, y que la mirada espía que la venía siguiendo, ahora se había detenido a observarla de un modo tierno que, más que enternecerla, la aterró. Es que, en verdad, algo acababa de lanzar a Félix a su ya definitiva entrega. De golpe, había sentido dos fuertes opresiones inusuales en su pecho, unos chispazos del corazón que, como una inspiración convenientemente divina, lo incitaron a acabar con ese silencio impropio, que no hacía más que aplazar una enorme bola de fuego que se venía gestando en su interior. Se apoyaba en lo que para él habían sido fundamentos más que suficientes: los comportamientos de Grace, desde el arranque, sugestivos, su notable cercanía, el doble bombardeo, su mano aún en su mano. Todo se le había revelado tan rápido que para lo único que le alcanzó el corto tiempo fue para desorbitarse y perder el control. Reconoció entonces la oportunidad como un «ahora o nunca», y así, desprevenido, sin tener toda la convicción que hubiese querido, sin saber lo que haría o diría, se dispuso a esperar deseoso el encuentro con aquellos ojos que seguían evitándolo en su rol de científica, ahora ya solamente para no tener que afrontar la situación.

Pero los comportamientos provocativos que Grace había tenido justificaban la imposibilidad de frenar el detectado avance que se le avecinaba. Por lo tanto, el miedo que llevaba dentro de toda una vida, apoderándose de ella, la castigó. Sus nervios la llevaron a unirse al silencio de Félix; en parte, porque él la seguía esperando abstraído, sin escucharla; pero, además, porque ella ya no sabía ni lo que estaba diciendo. Su tentativa de fuga consistió en soltarle primero la mano —ya que por lo visto a él no le importaba más lo que tenía para decir de esta—, para luego procurar acomodarse como correspondía en su asiento, lanzando al aire sus últimos comentarios perdidos que, más de distracción,

habían parecido de desesperación. Pero todo aquello en incómodo fracaso derivó. Sus palabras nunca pudieron llegar a destino y, para peor, a mitad de camino, la mano esa que huía fue tomada con hábil astucia por la misma mano que antes ella sostenía, y con un leve pero preciso tirón hacia delante, no solo le impidió resguardarse en su posición inicial, sino que, además, ella y él terminaron quedando mucho más cerca de lo que nunca antes habían estado. Esa acción osada, veloz, provocó un total desconcierto. Se sintió agredida e incómoda, aunque tampoco tanto como para rechazar, en su entendimiento, a un hombre tan atrevido como apuesto.

A partir de entonces, nunca sabría si todo lo demás que también dejó que sucediera estuvo dominado por ese miedo que la tenía paralizada o por sus deseos más entrañables de volver a creer en el amor. Lo cierto era que ahora estaba tan cerca de su cara como del espanto, aún sin atreverse a mirarlo a los ojos, para que estos le transmitieran, seguro, lo que ya sabía que le iban a decir. Seguía tomada de su mano derecha por su mano opuesta, cuando empezó a sentir la otra mano de Félix apoyarse en su brazo izquierdo, con tal delicadeza, que bien podría haber sido que siempre estuvo allí. Estaba aprisionada, confusa, igual que allá abajo, en la vida terrícola —esa de la que huía—, sin saber si quería permanecer o largarse, llorar o reír. De lo único de lo que sí estaba harto segura era que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de fugarse de una vez por todas de esas caricias mezquinas a las que se había acostumbrado. Con este objetivo primordial, más su honra partiéndose a la mitad, decidió hacerse cargo de las consecuencias hasta que sus deudas con el amor quedasen algún día saldadas para siempre, dejándose caer finalmente, en señal de auxilio, a los brazos de un hombre apenas conocido, en el último lugar de la tierra en el que se hubiera imaginado tratar de recuperar la libertad perdida que bien merecía su desorientado corazón.

Dejándose tomar ahora por completo, dócilmente, por las dos manos de Félix a la altura de los hombros, ya tampoco le importó evidenciar los síntomas propios de un alma afligida; y aunque bien sabía que lo que estaba sintiendo podría ser acaso tan solo un espejismo de la felicidad, o un simple paliativo, la suavidad con que estaba siendo sujeta le alcanzaba para reavivar las brasas olvidadas de una pasión que necesitaba. Félix ya no estaba solo con su resolución valiente e indeclinable de atenerse a lo que viniera. Para demostrárselo, Grace le quiso obsequiar con su mirada, lo último de todita su alma que aún le quedaba por entregar. Cuando Félix pudo, al fin, adueñarse de sus acaramelados ojos, luego de tanto esperar por aquel ansiado momento, quería que esa sensación de estar a punto de tocar el cielo con sus labios, que ya venía, no llegase a su final ni en muchos siglos, para que durase, para que no se extinguiera el cosquilleo ese de sentir próxima la más apoteósica de todas sus solícitas victorias. Por suerte, para consuelo tibio de sus últimos deseos de prolongación eterna de aquel instante de regocijo, su verdadera estirpe de romántico desmesurado ya se había despertado.

Estaba todo muy claro en ese punto: los dos querían lo mismo. Sin necesidad de palabras, fue él quien, por tomar la iniciativa, adquirió el privilegio de terminarlo todo de la manera en que más le gustaba hacer este tipo de cosas. Muy conveniente también para ella, ya que era como más lo necesitaba para aplacar su dolor. Primero le tomó gentilmente la cara con sus dos manos para dejar bien en claro una cosa: que a él de nada le serviría apoderarse de su cuerpo, si antes no lo hacía con su corazón. Luego, le acarició varias veces su cabello de oro rizado —el último refugio donde el regodeo de su alma aún se seguía manteniendo a salvo de las pinceladas oscuras de la desolación—, de allí prosiguió con su rostro de espuma blanca, bajando y subiendo con la

punta de sus dedos ávidos sobre el vientre liso de sus pómulos sonrojados por la media timidez que revelaba. Hasta incluso se animó a bordear goloso, con su índice más hábil, la parte superior de sus paradisíacos labios brillosos, donde encontró, al fin, la señal de una leve sonrisa que estaba necesitando, para atravesarle su delirio apasionado, lentamente, sobre la piel.

